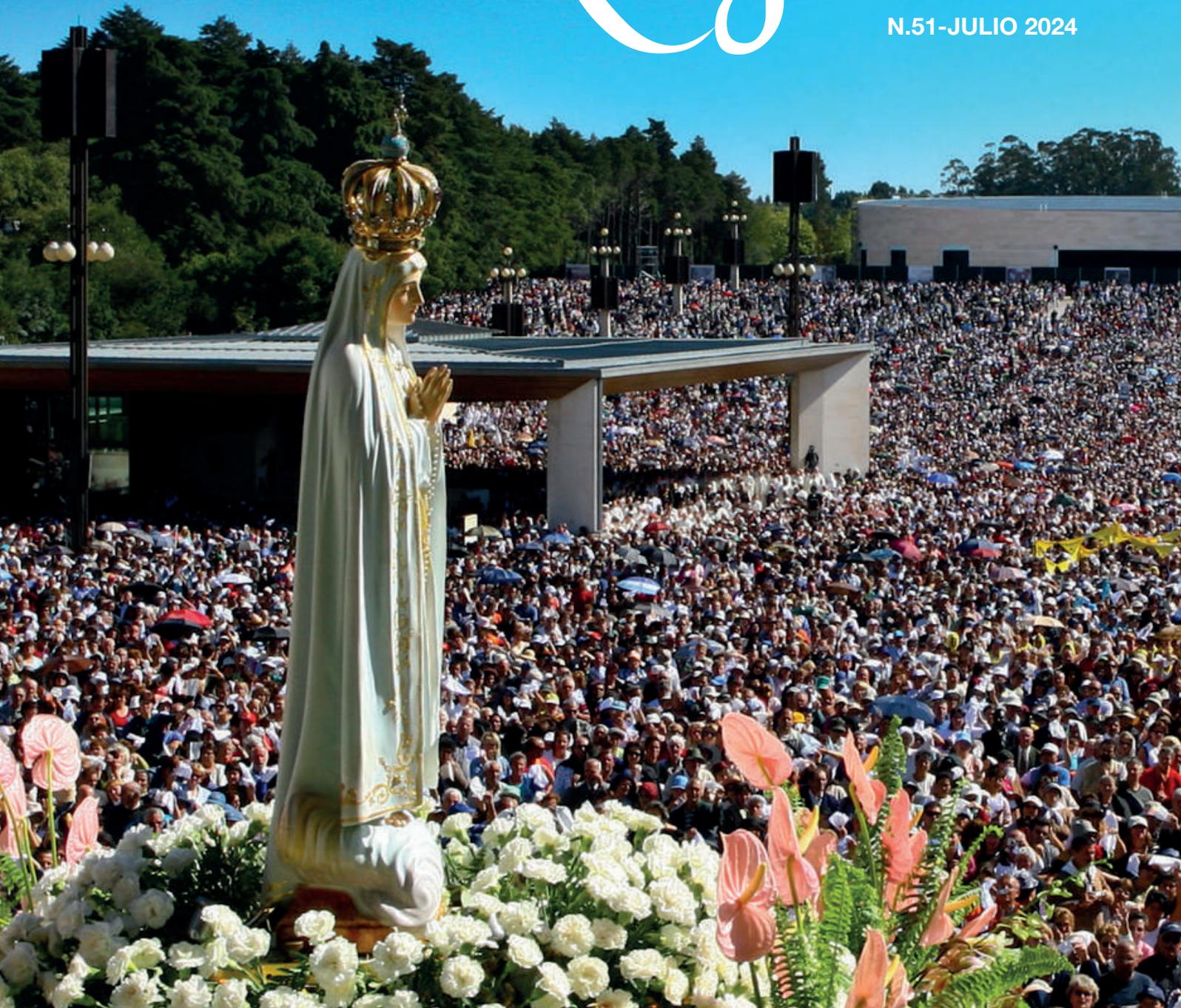


La luz de la Reina

Reinado
de María

Lumen Reginae

N.51-JULIO 2024



La Caridad de María
TOTUS TUUS

San Josemaría Escrivá
TESTIGOS DE LA INMACULADA

El Voto de un marinero
VICTORIAS DE MARÍA

“Sacrificaos por los pecadores...”

(TERCERA APARICIÓN DE NTRA. SRA. DEL ROSARIO DE FÁTIMA)



Lumen Reginae

Revista oficial del
Reinado de María.
Número 50
Junio 2024

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.

El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.

«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

Ad Iesum per Mariam.

P. Rodrigo Molina, inspirador
del Reinado de María

Contacta con nosotros en:

 reinadodemaria.org/

 facebook.com/Reinado-de-Maria

 instagram.com/reinadodemaria

 youtube.com/c/ReinadodeMaria

SUMARIO

04

EN LA ESCUELA DEL INMACULADO CORAZÓN

«Tu padre y yo te buscábamos angustiados...»



07

ALMA MARIANA

Vive esta frase y vivirás el Evangelio...



08

VICTORIAS DE MARÍA

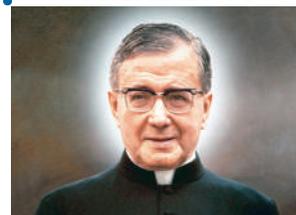
El Voto de un marinero



10

TESTIGOS DE LA INMACULADA

San Josemaría Escrivá de Balaguer



12

MI INMACULADO CORAZÓN TRIUNFARÁ

Llamada a cumplir el sexto mandamiento



14

TOTUS TUUS SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

La Caridad de María con el prójimo



16

REINADO DE CRISTO

«Donde está tu tesoro allí estará tu corazón...»



18

AL ENCUENTRO CON EL DIOS UNO Y TRINO

La gloria de la Trinidad en la vida de la Iglesia





NUESTRA SEÑORA “Coronada”

Todavía regustamos la alegría de la «coronación canónica» de Nuestra Señora del Encuentro con Dios.

Coronar a María es reconocer la excelsitud de su persona y misión, por designio y regalo de Dios. El honor que rindamos a María será muy muy inferior al que le otorga el mismo Dios. Pero este Señor Todopoderoso quiere que reconozcamos su obra de arte. María es el *ars Dei*, la Obra maestra de Dios. Reconociendo su maternidad regia, incluso imperial, y que se despliega en torrentes de ternura, bondad, fidelidad, reconocemos la misma Gloria de Dios. Desarrollamos la virtud del agradecimiento. Redoblamos su alegría por ser Madre. A la que nunca miró para sí misma, la autodenominada *esclava* (con toda la fuerza peyorativa de ese nombre, un esclavo era una cosa a merced de su dueño) llega a la más alta consideración por parte de sus hijos. La corona de una Madre, son sus hijos (*Flp.* 4,1). El mismo Dios Trinidad es quien Corona a María y coronando a María, corona su propia obra (según lo contempla san Agustín para toda la obra de los santos).

En el siglo XVI encontramos los orígenes del rito de coronar las imágenes de Nuestra Señora, como culminación de las misiones evangelizadoras, en que los misioneros recogían joyas como símbolo de devoción, amor, conversión y desprendimiento que luego fundían para confeccionar una corona para la imagen de la

Virgen Santísima. La inclusión del rito de la Coronación Canónica en el Pontifical Romano en 1897, hizo que el rito se extendiera a toda la Iglesia.

Coronar a nuestra Señora significa reconocer su realeza. Porque Santa María es reina de cielos y tierra, coronada en la gloria por la misma Santísima Trinidad. Esta verdad, creída siempre en la Iglesia, hunde sus raíces en la Palabra de Dios.

En el Antiguo Testamento (libro de los Reyes) descubrimos la imagen de la reina madre, (*gebirah*, gran señora) era la madre del rey y era reina justamente por ser madre. Tenía dos privilegios que ni siquiera tenía la esposa del rey: portaba una corona y el rey —su hijo— la sentaba en su mismo trono. Esta reina madre era una poderosa intercesora ante el rey: si ella pedía, el rey concedía.

En el Nuevo Testamento, San Mateo y San Lucas defienden la realeza mesiánica de Jesús y María aparece a su lado, evocando esa reina Madre, *Gebirah*. Lo mismo en el pasaje de los Magos, donde el Niño, siempre junto a su Madre, es considerado rey. San Gabriel Arcángel nos habla del Rey Mesías, cuyo reino no tendrá fin. María es reina Madre.

El Apocalipsis, por su parte, cierra sus visiones orientando nuestra mirada a María, la «*mujer vestida de sol, con la luna por pedestal y*

coronada con doce estrellas». La maternidad regia de María, no se identifica con la realeza humana, sino con la realeza de Jesús. Rey desde la cruz, desde el servicio, rey de las almas, mentes y corazones, no por imperio forzado sino por amor. Así quiere reinar Él, pudiendo hacerlo de otro modo. Así reina María. Su reinado es réplica del reinado de su Hijo.

El humillado es glorificado, entronizado, empoderado. Es la fórmula para Jesús, y es la fórmula del reinado de María. Esta idea embriagaba el corazón del P. Molina. Así, en este espíritu consideramos Reina a Nuestra Señora del Encuentro con Dios.

San Juan Pablo II, propenso y recurrente coronador de María, estimaba que Ella ejercía su realeza con su mediación mariana, su servicio mariano. Todo su poder real es volcado en la atención de los hijos. No reina para su gloria y honra, sino para entregarse a los más pequeños y necesitados de sus hijos. El Pueblo Cristiano con el título de Reina quiere exaltar la excelsa dignidad de María y su importancia en la vida de cada persona y del mundo entero. El fiel, el hijo, el esclavo de amor de María reconoce la realeza en el darse continuo de la Madre, de difundir la gracia, de socorrer a sus hijos en la prueba. Reina que da todo lo que posee.

MARÍA EN EL NUEVO TESTAMENTO

«*Tu padre y yo te buscábamos angustiados*» (Lc 2, 48)

«**A** los tres días lo encontraron en el templo sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles... Al verlo, se quedaron maravillados; y su madre le dijo: “Mijo, ¿por qué has hecho esto? Tu padre y yo te hemos estado buscando muy angustiados”. Les contestó: “Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debo ocuparme en los asuntos de mi Padre?”» (Lc 2,46.48-49).

Solo tres pasajes evangélicos nos conservan un diálogo entre Jesús y su Madre. Dos del evangelio de San Juan (las bodas de Caná y al pie de la Cruz) y la escena que nos narra San Lucas del Niño perdido y hallado en el Templo, cuando, en ocasión del acongojado reproche de la Madre responde Jesús con aquellas enigmáticas palabras que parecen poner una austera distancia entre él y su Madre.

«Después de tres días», según nuestro modo de hablar, al tercer día encontraron al Niño en el Templo. Hasta aquel momento habrían pensado María y José, no solo que ellos habían perdido a Jesús, sino también que Jesús los había perdido a ellos. Por eso la escena del encuentro obró con ellos como si se vieran trasladados a otro mundo, con otro Jesús.

Los rabinos solían comentar la Sagrada Escritura en el Templo los días festivos. El intercambio entre discípulos y maestro era una parte esencial de la instrucción. ¡Jesús preguntaba y respondía, que parecía un portento! Pronto se formó un círculo de letrados en torno al Niño.

Así lo encontraron José y María después de mucho buscarlo. María debió pensar: ¡Jesús no nos ha perdido, sino que nos ha abandonado!

Jesús respondió: ¿Por qué me habéis buscado?

—¿Quiso decir Jesús a María y a José que no le debían haber buscado?

—¿O tal vez que hubieran debido venir al Templo directamente?

Ponderemos también ese ¿No sabías...?

Luego, en el mismo momento en que se pusieron a buscarle, María y José debieron haber sabido que «él tenía que estar en lo de su Padre». Es decir, que en conformidad con la Voluntad de su Padre, Señor del Templo, se había quedado precisamente en aquel Templo.

Otro hecho: Jesús se refiere, delante de José, su padre legal, a otro Padre, a «su Padre», y esto lo hace en el Templo y después de quedarse en el Templo. Cualquiera joven bien educado hubiese respondido a la pregunta de sus padres pidiéndoles perdón. Jesús no lo hizo. Con todo, sus

palabras no debieron de sonar tan duro como parece. En frases de este género suele ser decisivo el tono de la voz, el gesto, y más aún, el centelleo de los ojos, sobre todo entre madre e hijo. El evangelista llama a la respuesta de Jesús una «sentencia», una manera de hablar comparable a las sentencias de los profetas.

Allí, en el Templo, fue donde declaró Jesús expresamente, delante de María y José, Padre suyo al Padre celestial y donde se refirió a Él como a supremo Señor.

La primera palabra que sale de los labios de Jesús tiene que ver con el Padre que lo ha engendrado desde la eternidad y que le ha hecho revestir la naturaleza humana en las entrañas de María. Al Padre celestial, Jesús dirigirá igualmente la última palabra que pronunciará durante su existencia en la tierra: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46). Y su Padre será también la última palabra que el Resucitado dirija a los discípulos: «Sabed que voy a enviar lo que os ha prometido mi Padre» (Lc 24,49). La vocación de Jesús no es estar al servicio de una madre extraordinaria o de una santa familia de criaturas humanas, sino estar a disposición del Padre celestial que mantiene con él una relación única de paternidad. Y esto sin faltar a sus deberes humanos en relación con la familia, porque inmediatamente después: «Jesús fue con ellos a Nazaret, y les estaba sumiso» (v. 51).

Jesús está en el centro; rodeado por los doctores del templo, está «sentado» como un maestro en su cátedra, y todos aquellos que escuchan sus palabras quedan atónitos ante su inteligencia y sus respuestas. A sus pies los maestros se convierten en discípulos.

Jesús es el *didaskalos*, «maestro», que parece venido para contrastar la falsa sabiduría que se había querido instalar en la «cátedra de Moisés» (Mt 23,2). Así pues, que nadie se haga llamar «maestro», porque «uno solo es vuestro maestro, el Mesías» (Mt 23,10). Él está «lleno de inteligencia» (v. 47): el término griego usado indica «penetración» en el secreto del ser y de Dios y es la cualidad que la Biblia atribuye a Salomón (1Crón 22,12). En el versículo 50, a propósito de María y de José, se usará el mismo término pero en clave negativa: «Ellos no comprendieron lo que les decía». María recibirá el don de la «inteligencia» en la fe y de la fe, «meditando», es decir, dejándose guiar por el Espíritu. Porque es la sabiduría revelada la que introducirá a María y a nosotros en el misterio de su Hijo.

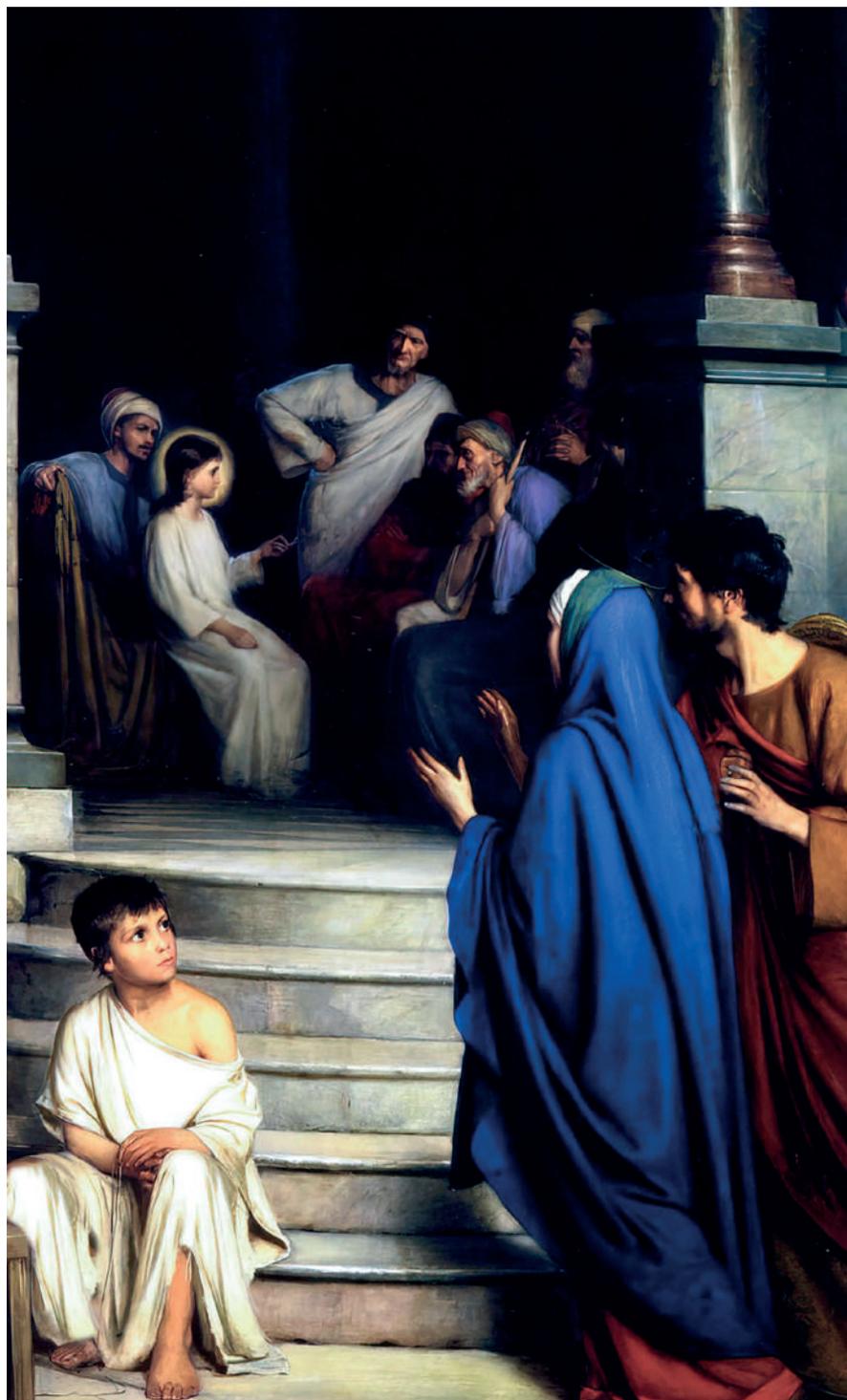
Jesús revela su misterio íntimo y establece un nítido desapego con respecto a la familia terrena, a la que, con todo, seguirá obedeciendo por muchos años. María empieza a comprender desde un plano vivencial que el tajo afectivo que ha de experimentar respecto a su Hijo no es señal de lejanía sino comienzo de una cercanía nueva y distinta. Con la fe y con la meditación, Ella comprende que Jesús tiene un proyecto que llevar a cabo, un proyecto que es superior a lo que cualquier padre sueña para sus hijos, y al que se adherirá también Ella a lo largo de los senderos muchas veces ásperos de la vida de Jesús, en la ardua vía del Calvario y de la Pascua.

Ese Jesús, que se muestra tan autónomo y solemne en su declaración en el Templo, es el mismo que emprende el camino de vuelta a Jerusalén siguiendo obediente las huellas de sus padres. Esta obediencia en el seno de su familia terrena resulta modélica para todos.

El P. Rodrigo Molina consideraba este pasaje del Niño perdido y hallado en el Templo como uno de los momentos «modélicos» de la vida de Jesús. Escribía:

«Este volver al Padre, poner toda su vida en rumbo hacia el Padre, fue el único objeto de la vida de Jesús. Fue lo que quiso significar cuando en el Templo al principio de su vida independiente dijo a sus padres: “Me es de necesidad vivir a mi Padre”. El hacer así Jesús es el hacer lo contrario a lo que hizo Adán y a lo que hace todo hombre que peca.

Para Jesús existe una sola cosa que prima: la voluntad de su Padre. Las mismas relaciones fami-



liares, las más íntimas y nobles, las de padres-hijos, pasan a segundo término. Serán vividos en tanto en cuanto estén dentro de la voluntad de su Padre. Por eso Jesús puede parecer como distanciado de sus padres y como distanciando a los hijos de los padres y a los padres de los hijos “¿Quién es mi madre...?” “Deja que los muertos...”

Pero Jesús no distancia. Él es quien viene a unir lo dividido por el pecado. El que cree que Jesús, al hablar y proceder así, distancia, no ha entendido el Evangelio. Jesús hace distinción entre el nivel de la carne y el nivel de

la fe; el nivel de las realidades temporales y el nivel de las sobrenaturales. Jesús me dice que si quiero vivir la intimidad de la fe, la sobrenatural con mi familia, tengo que poner la intimidad legítima de la carne a servicio de la intimidad de la fe.

A Jesús no se le halla en las planificaciones carnales. Y su hallazgo en el Templo después de tres días de dolor intenso nos explica que a Jesús no se le encuentra sino aplicado a objetivos sobrenaturales porque su destino es vivir a su Padre a pesar de la carga de dolor vivo que esto conlleva siempre».

Madre hambrienta por encontrar a tu Hijo

¡Enseñanos a buscar a Jesús, a buscarle con toda nuestra alma, con el mismo ardor que Tú!

Enseñanos a buscarlo en el fuego del amor, en un deseo devorador de alcanzar su presencia.

Enseñanos a buscarlo como al único bien nuestro, como a nuestro más querido amigo y como a nuestra mayor esperanza.

Enseñanos a no desanimarnos en la búsqueda, cuando nos parezca perdido, lejano, obstinadamente escondido.

Enseñanos a dirigir todos nuestros pensamientos y todas nuestras acciones hacia Él, a mirarlo como fin de nuestra vida.

Enseñanos a encontrarlo, a descubrirlo inesperadamente próximo a nosotros para paz y alegría de nuestro corazón.

Enseñanos a encontrarlo en el silencio, en el recogimiento y en la oración.

Enseñanos a encontrarlo en el templo de su presencia eucarística, en su sagrario.

Enseñanos a encontrarlo en el fondo de nosotros mismos, en el templo interior que en nosotros se ha edificado.

Enseñanos a encontrarlo en el camino del dolor y del sacrificio.

Enseñanos a hallarlo sin cesar, en todos los acontecimientos de nuestra vida.

¡Enseñanos a saciar en Él nuestra sed de ver a Dios, de poseer el infinito!



VIVE ESTA FRASE Y VIVIRÁS EL

Evangelio...

María es como un espejo puro, terso, donde se reflejan las maravillas de Dios. Mirando a María como modelo de vida cristiana, la Iglesia día a día se va purificando y convirtiéndose hasta ser como Ella: pura, inmaculada, santa, gloriosa, hasta el retorno del Señor.

El P. Molina nos explica cómo Ella es modelo de vida evangélica:

«He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu Palabra». (Lc. 1, 32)

Vive esta frase y vivirás el Evangelio.

1º Vivirás la confianza incondicional, el abandono en Dios y a Dios. Vivirás la fe. María es puerta de Dios en el mundo. Es decir, Dios entra por medio de Ella en el mundo. Y María puede ser puerta de Dios porque en su confianza incondicional, en su fe total puede comprometerse con todo su ser y así poder ser la puerta para Dios.

2º Vivirás la humildad, la docilidad, la disponibilidad que te deja hecho espacio de Dios. Con la actitud de humildad que encierra esta frase, quedas todo tú convertido en espacio libre y disponible para la actividad creadora de Dios. Ser humilde, ser sumiso, ser disponible, ser obediente es



Padre
Rodrigo
Molina
Rodríguez

la expresión de haber aceptado a Dios, es título de nobleza ante Dios. La humildad es la que constituye a uno en grande del Señor.

3º Vivirás la obediencia. La obediencia es el carro de Dios, el engaste que en el anillo recibe la forja. Con un acto de obediencia, la de Abraham, empezó la historia de la salvación y con un acto de obediencia, la de María se culminó la historia de la salvación. Un acto de obediencia introdujo a Cristo en el mundo: “He aquí...”. Y un acto de obediencia culminó en su perfección.

4º Vivirás la perfección del Evangelio. En esta frase está la conjunción de la disponibilidad pasiva y la prontitud activa; de la docilidad del aceptar y la prontitud del hacer. Disponibilidad pasiva: “He aquí la esclava...”; de prontitud activa: “Hágase en mí...”.

5º Vivirás el maridaje de tu vacío abismal con la plenitud total de Dios. “He aquí

la esclava...”, mi vacío abismal, nada de lo mío es mío. “Hágase...”, la plenitud total del ser de Dios y tomándome a mí para realizarse en mí. Porque la palabra de Dios es presencia de Dios.

Conclusión: Tu destino te lo da esta frase de María: “He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra”. Destino excelso, destino grandioso. Tu misión similar a la de María: ser vientre dócil y fecundo para la palabra de Dios. Sé en tu misión diligente, activísimo. Vive el momento a momento. Si así lo haces, en ti pasará Cristo de nuevo por nuestras calles. Tú serás el Cristo de hoy vestido como todos, en el trabajo de todos. Por donde pases irá prendiendo la revolución evangélica transformándolo todo, haciendo ese mundo nuevo ideado por Dios cuando decretó la encarnación».





EL VOTO DE UN MARINERO

En «La Hormiga de Oro» correspondiente al 16 de julio de 1887, contaba el popular escritor barcelonés D. Francisco de Paula Capella el siguiente hecho.

«Hace treinta años presencié Barcelona un espectáculo conmovedor.

Era el 16 de julio, festividad de Nuestra Señora del Carmen, y en las Ramblas y llano de la Boquería se veía un grupo que iba engrosando por momentos. Los hombres estaban llenos de admiración y las mujeres lloraban enterrecidas.

¿Qué sucedía? Un acto muy común entre los primitivos cristianos y en la Edad Me-

dia, pero muy raro en nuestros tiempos descreídos.

Un hombre de mediana edad, tostado por el sol de los trópicos, vestido de un hábito burdo, ceñido con una cuerda y atada al cuello una larga cadena que le arrastraba por el suelo, andaba a gatas, y desde el barrio marítimo de la Barceloneta se dirigía de aquella suerte al templo de Nuestra Señora de Belén.



La fatiga que esto ocasionaba al penitente era indecible. Sus rodillas se habían desollado a causa de la distancia, y gotas de sangre marcaban en el empedrado las huellas que dejara su paso. El peso de la cadena, lo violento de su posición y el sol canicular que caía sobre su cabeza, le hacían sudar a mares y ocasionaban un resuello fatigoso, moviendo los ánimos a compasión.

Agotadas sus fuerzas, y casi desfallecido el infeliz, si así podemos llamarle, subió las gradas de piedra del grandísimo y bello templo, y prosiguió arrastrándose hasta la capilla de la Virgen del Carmen, iluminada por mil luces.

Llegando frente al altar, besó tres veces el suelo, se incorporó sobre sus rodillas y poniendo los brazos en cruz, según se lo permitía la fatiga, exclamó sollozando:

“¡Gracias, Madre mía! ¡Gracias, Virgen del Carmen! No en vano invoqué vuestro auxilio en deshecha tempestad. Nuestro buque iba a sumergirse en el airado Océano. Íbamos a morir sin remedio y el recuerdo de mis pobres hijos y de mi desgraciada esposa me hacía llorar.

En medio de la desesperación de mis compañeros, recordé las oraciones de mi madre y de mi esposa; cogí el Escapulario que ésta me había colgado al cuello el día de nuestra despedida; le estampé un beso de ternura y, volviéndome hacia el cielo cubierto de nubes y cruzado por el rayo, entre la voz tremenda del trueno y el bramido de las olas que iban a tragarnos, hincado de rodillas grité: ¡Virgen del Carmen, salvadnos, que perecemos! Tened piedad de nuestras esposas y de nuestros inocentes hijos. Hago voto, si nos libráis de la muerte, de visitaros en vuestra capilla del Carmelo, en el templo de Belén, en Barcelona, arrastrándome por el suelo con una cadena al cuello.

La Virgen escuchó mi voto; calmóse al instante la tempestad y el arco iris brilló en el firmamento. Allí os vi a Vos, Madre mía, como en trono de mil colores, con vuestro manto blanco y vuestro hábito pardo del Carmelo”.

Así dijo en medio de la conmoción de todos los circunstantes. Luego trató de levantarse y muchos se acercaron para auxiliarle, haciéndole sentar en una silla.

Se empezó un oficio solemne en honor de la Virgen del Carmen. El vasto templo estaba completamente lleno de fieles. Nunca un oficio ha sido oído con más devoción».





SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

San Josemaría recibió innumerables gracias y luces divinas que le convirtieron en un instrumento fiel para fundar el Opus Dei. Abrió así, en servicio de la Iglesia, un nuevo camino de santificación y apostolado en el trabajo profesional y en el cumplimiento de los deberes ordinarios del cristiano, tomando como ocasión para buscar la santidad el propio trabajo y oficio. En todo este camino fundacional sintió el apoyo y la protección de la Virgen Santísima.

Josemaría Escrivá Albás nació en Barbastro (Huesca, España) el 9 de enero de 1902. Sus padres se llamaban José y María de los Dolores. Fue el segundo de seis hermanos. Cuando Josemaría cumplió dos años, padeció una enfermedad grave en la que se temió por su vida. Tras su recuperación, sus padres lo llevaron en peregrinación a la ermita de Torreciudad en cumplimiento de una promesa a la Virgen María por su curación.

Escrivá ingresó en el seminario de Logroño en el mes de octubre de 1918.

En septiembre de 1920 se trasladó a Zaragoza. Algunos de sus compañeros del seminario lo recuerdan como un joven despierto, inteligente y alegre, a la vez que muy piadoso.

Sus superiores apreciaron sus dotes por lo que lo nombraron Inspector del Seminario —encargado de mantener la disciplina entre los seminaristas, tanto en clase como en los paseos—; era un hecho insólito que designaran a un seminarista y no a un sacerdote para este cargo.

Recibió la ordenación sacerdotal el 28 de marzo de 1925 y comenzó a ejercer el ministerio en varias parroquias rurales. Trataba a muchas personas de diversos ambientes sociales. Dedicó las mejores horas de su juventud, como capellán del Patronato de Enfermos, a la atención de numerosos enfermos y niños desvalidos de los barrios pobres de Madrid.

Falleció en Roma el 26 de junio de 1975, tras sufrir un infarto repentino. El 17 de mayo de 1992 fue beatifica-

do por Juan Pablo II y el mismo Sumo Pontífice lo canonizó el 6 de octubre de 2002.

Juan Pablo II, en la bula de canonización, lo llamó «el santo de lo ordinario o de la vida ordinaria»

El 2 de octubre de 1928, según testimonio del mismo Santo, «vio» que Dios le pedía que difundiese en todo el mundo la llamada universal a la santidad, y que abriera un nuevo camino dentro de la Iglesia —el Opus Dei, en español «Obra de Dios»— para transmitir a todos los hombres que se pueden santificar a través del trabajo.

Es en medio de las tareas de la tierra donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres, decía san Josemaría. La familia, el matrimonio, el trabajo, la ocupación de cada momento, son oportunidades habituales para tratar y de imitar a Jesucristo, procurando practicar las virtudes humanas y cristianas.

San Josemaría escribió varios libros, de los cuales *Camino* es uno de los más conocidos. Transcribimos algunos pensamientos que rezuman el amor que el santo tenía a la Virgen:

«Procura dar gracias a Jesús en la Eucaristía, cantando loores a Nuestra Señora, a la Virgen pura, la sin mancilla, la que trajo al mundo al Señor.»

–Y, con audacia de niño, atrévete a decir a Jesús: mi lindo Amor, ¡bendita sea la Madre que te trajo al mundo! De seguro que le agradas, y pondrá en tu alma más amor aún.»

«No estás solo. –Ni tú ni yo podemos encontrarnos solos. Y menos, si vamos a Jesús por María, pues es una Madre que nunca nos abandonará.»

«Ponte en coloquio con Santa María, y confíale: ¡oh, Señora!, para vivir el ideal que Dios ha metido en mi corazón, necesito volar... muy alto, ¡muy alto!»

Necesitas volar, sin apoyarte en nada de aquí, pendiente de la voz y del soplo del Espíritu. –Pero, me dices, ¡mis alas están manchadas!: barro de años, sucio, pegadizo...»

«Y te he insistido: acude a la Virgen.»

«Agradecemos, finalmente, todo lo que Dios Nuestro Señor nos concede, por el hecho maravilloso de que se nos entregue Él mismo. La Virgen María fue concebida inmaculada para albergar en su seno a Cristo. Si la acción de la gracia ha de ser proporcional a la diferencia entre el don y los méritos, ¿no deberíamos convertir todo nuestro día en una Eucaristía continua?»



LLAMADA A VIVIR EL SEXTO MANDAMIENTO:

No cometerás actos impuros



Conviene recordar aquí, como introducción para la reflexión de este mandamiento, las palabras de Jacinta poco antes de morir y que parecen haber sido dictadas a ella por la Santísima Virgen, que se le dignó aparecerse varias veces durante su enfermedad. Hablando acerca del pecado dijo: «**Los pecados que llevan más almas al infierno son los pecados de impureza. Han de venir unas modas que han de ofender mucho a Nuestro Señor... Muchos matrimonios no son buenos, no agradan a Nuestro Señor ni son de Dios**».

En estos tiempos en que la sociedad parece haber querido hacer del pecado de adulterio una ley, la Sagrada Escritura continúa repitiendo el mandamiento de Dios: «No cometerás adulterio». Es Palabra de Dios y la Palabra de Dios no cambia.

Este precepto nos obliga a todos, a cada uno según su estado,



a guardar la castidad. Los que son llamados al matrimonio están obligados, hasta que llegue el momento de contraer la unión definitiva bendecida por Dios en el sacramento, a guardar castidad, conservando su cuerpo puro.

Una vez recibido el sacramento del matrimonio, la unión entre los dos es definitiva y no admite partes; es indisoluble mientras los dos vivan. Fue así como Dios instituyó la unión matrimonial y nadie tiene derecho a modificar o transgredir aquello que Dios determinó. «**Dios creó al hombre a Su imagen, lo creó a imagen de Dios; Él los creó hombre y mujer. Bendiciéndolos, Dios les dijo: creced y multiplicaos, llenad y dominad la tierra**» (Gn 1, 27-28).

Veamos la orden con que Dios establece la unión matrimonial: creó al hombre y la mujer y a continuación los bendijo y sólo después de haberlos bendecido es cuando les permite la unión definitiva, expresada aquí por sus frutos, que son los hijos.

Resumamos, a partir de estos textos, las condiciones con las que Dios instituyó este sacramento. En primer lugar debe estar formado por dos personas: un hombre y una mujer. No es lícito ningún otro tipo de unión o relación, todas ellas invento de los hombres y fruto de la mala inclinación y de nuestras propias pasiones.

Esta unión es indisoluble: los dos forman uno solo, y si por causa justa fuese necesaria la

separación, en este caso ambos están obligados a guardar la ley de la castidad, porque, como dice Jesús: **«Todo el que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio; y el que se casa con la repudiada por su marido, comete adulterio»** (Lc 16, 18).

Esta ley de Jesús está bien clara y no es permitida a nadie una interpretación tal que la deforme. Y si apareciese alguno que expusiese una doctrina diferente o contraria a la suya, no le debemos dar crédito ni seguirla. No falta, hoy en día, quien interpreta esta Ley de Dios en sentido contrario a las enseñanzas de la Iglesia, pero esas falsas doctrinas fueron, en todos los tiempos, condenadas por Dios.

En segundo lugar, el fin principal para el que Dios instituyó el matrimonio es doble: la unión de los esposos y la procreación de los hijos. Si uno de estos fines falta por culpa propia, el matrimonio no es agradable a Dios.

Dios quiso asociar la humanidad a su obra creadora. Por tanto no es lícito usar métodos artificiales para evitar el nacimiento de nuevos hijos, porque eso equivale a mutilar e inutilizar el fruto del árbol y volverlo estéril, incurriendo de esta forma en la sentencia que lanzó Jesús contra la higuera estéril.

De igual modo este mandamiento exige de todos, solteros y casados, la guarda de la virtud de la pureza, hoy en día tan pisoteada y desvalorizada en la sociedad. El mismo Jesús nos dejó el precepto: **«Todo el que mira a**

una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón. (Mt 5, 27). El mandato es claro. Quienes no están llamados al matrimonio, deben vivir en continencia. Y todo acto sexual que no cumple el doble fin de la unión y procreación, incluidos los actos que se cometen solos como la masturbación, los deseos impuros, la pornografía, son pecados graves que nos apartan de Dios. Por eso, asusta mirar al mundo de hoy, sumergido en el desorden y la inmoralidad. Como remedio, resta una única solución: arrepentirse, cambiar de vida y hacer penitencia, como dijo Jesús a la mujer adúltera: **«Tampoco yo te condeno; vete y desde ahora no peques más»** (Jn 8, 7-11).

Dios no nos creó para satisfacer las pasiones de la carne, sino para salvar el alma. Así, hay que evitar caer en la esclavitud del pecado, porque como dice el Señor: **«Todo aquel que comete pecado es esclavo del pecado»** (Jn 8, 34).

El apóstol san Pablo nos advierte contra este peligro, diciendo:

«La fornicación y toda impureza o avaricia ni se nombre entre vosotros, [...] pues, habéis de saber que ningún fornicador o impúdico, o avaro, que es como un adorador de ídolos, tiene parte en el Reino de Cristo y de Dios. Que nadie os engañe con palabras vanas, pues a causa de esto vino la ira de Dios sobre los hijos de la rebeldía. Por tanto, no os hagáis cómplices de ellos» (Ef 3, 5-7).



ERA UNA Señora MÁS brillante QUE EL Sol

«Una alegría íntima y profunda animaba a Francisco y Jacinta al aproximarse el día 13 de julio; no así a Lucía que, tristonada y desconfiada. —El demonio es el que aquí anda trabajando— le decía la madre.

A fuerza de oír decir que todo aquello era un engaño del demonio, Lucía iba terminando por convencerse. Pensaba la pobre niña que era caso resuelto y, la víspera del día 13, cuando el pueblo comenzaba ya a reunirse, viniendo de todas partes y por todos los medios de locomoción, fue a buscar a Francisco y a Jacinta y les dijo lo que ya había decidido. No menos resueltos, los dos hermanitos le respondieron: —Nosotros vamos. Aquella Señora nos mandó ir allá. Yo hablaré con ella — manifestó Jacinta.

Al día siguiente, sin embargo, cerca de la hora en que debían partir para Cova da Iria, una fuerza interior que la niña no sabe explicar, la impulsó a ponerse en camino. Todas las dudas, todos los temores desaparecieron como por encanto. Pasó por casa de los primos y miró si aún estaban allí...

A fin de reanimar el fervor decaído de Lucía, la Virgen le recomienda de nuevo la necesidad del sacrificio, y les confía un nuevo secreto.

—Sacrificaos por los pecadores y decid muchas veces, y en especial siempre que hicieris algún sacrificio: oh Jesús, es por vuestro amor; por la conversión de los pecadores y en reparación por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María».

(Extractos de Era una Señora más brillante que el sol, de Joao de Marchi).

La Caridad de María

CON EL PRÓJIMO

Al doctor judío que le había preguntado: «Maestro, ¿cuál es el mayor mandamiento de la Ley?» Jesús le respondió: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con todo tu espíritu. Este es el mayor y el primer mandamiento». Y añadió lo que el Doctor no le había preguntado: «El segundo le es semejante: amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la Ley y los Profetas».

Parece extraña esta afirmación de Cristo sobre el amor al prójimo, si se atiende a ella: no hay una medida común para Dios y para el hombre. Sin embargo, no vacila. Afirma que el amor al prójimo es un mandamiento nuevo, *su mandamiento*. Identifica la causa del prójimo con su propia causa. En el juicio final dirá a los que estén a su derecha «Venid, benditos de mi Padre. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber...». Y a su admirada pregunta: «¿Cuándo lo hemos hecho?», responderá: «Lo que hicisteis al menor de los míos, a mí me lo hicisteis». Y a Saulo, el perseguidor de los cristianos, le hace este reproche: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?».

El Catecismo de la Iglesia Católica dice:

1844. Por la caridad amamos a Dios sobre todas las cosas y a nuestro prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios. Es el “vínculo de la perfección” (Col 3, 14) y la forma de todas las virtudes.

1823. Jesús hace de la caridad el mandamiento nuevo. Aman-do a los suyos «hasta el fin» (Jn 13, 1), manifiesta el amor del Padre que ha recibido. Amán-dose unos a otros, los discípulos imitan el amor de Jesús que reciben también en ellos. Por eso Jesús dice: «*Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor*» (Jn 15, 9). Y también: «*Este es el mandamiento mío: que os améis unos a otros como yo os he amado*» (Jn 15, 12).

1825. El apóstol san Pablo ofrece una descripción incomparable de la caridad: «La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta» (1 Co 13, 4-7).

1827. El ejercicio de todas las virtudes está animado e inspirado por la caridad. Esta es «el

vínculo de la perfección» (Col 3, 14); es la forma de las virtudes; las articula y las ordena entre sí; es fuente y término de su práctica cristiana. La caridad asegura y purifica nuestra facultad humana de amar. La eleva a la perfección sobrenatural del amor divino.

Unirnos al amor de María

Bajo la dirección de María y a su lado intentamos penetrar en el Corazón de Jesús para comprender y compartir este infinito amor. ¿Quién lo comprendió como Ella?

Sobre todo, ¿quién lo reprodujo como Ella? Si meditamos en unión con Ella acerca de su Hijo, cuánto más fácil nos será adoptar sus propios sentimientos para con los hombres. Y si pensamos que la bondad de María, su misericordia, su ternura, su delicadeza para con nosotros, no son sino una participación de la bondad, de la misericordia, de la ternura, de la delicadeza de su Hijo, sentiremos pasar a nosotros esas disposiciones y sobre todo le rogaremos nos haga semejantes a Jesús y a Ella.

Además, María es Madre de todos los hombres; los ha concebido a todos en Nazaret; los ha engendrado a todos en el Calvario, ¡y a qué precio! Su amor hacia ellos es un amor maternal.

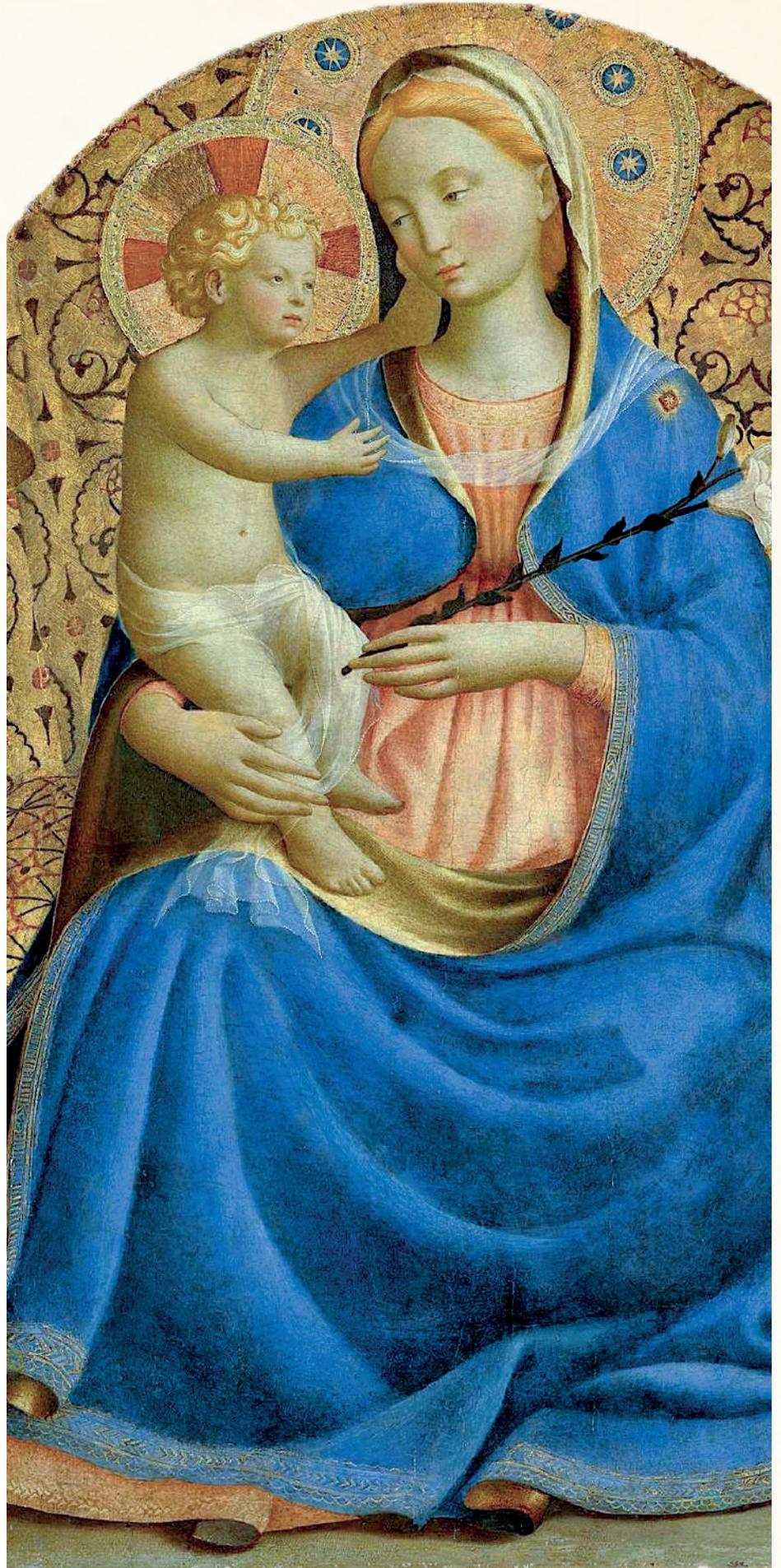
El amor de una madre es el amor natural más perfecto que existe en la tierra. Mas ¡cuánto supera el amor de María a sus hijos espirituales al amor maternal más puro y abnegado que nos podamos imaginar! Ante todo, porque María es la criatura más perfecta que existe, y por lo mismo, en quien se da la mayor capacidad de amar.

Sobre todo, Ella es madre no según la vida natural, sino de una vida que supera infinitamente en calidad y duración a ésta. Y para llegar a ser madre nuestra nos ha dado infinitamente más que a sí propia: nos ha dado a su divino Hijo, y Él a su vez nos la ha entregado como madre.

María es Madre de todos, hasta los que ahora me eran indiferentes. Los ama tiernamente y desea con ardor inconcebible su bien en esta vida y sobre todo en la otra. Mirando a todos con los ojos y el Corazón de mi Madre, siento nacer en mi corazón su amor.

Ocurre que nuestro prójimo se presenta ante con harta frecuencia como un ser poco interesante, limitado, egoísta, rencoroso, falto de miramientos... ¿Cómo pasar por encima de todo esto? Pensar que María conoce esos defectos, y le desagradan. Pero es su hijo, a quien quiere salvar a toda costa. Así nosotros, a pesar del desagrado, tener la mirada sobrenatural del amor por las almas.

«En el mundo cristiano la cabeza es Jesucristo, el Corazón la Virgen María... María es todo caridad. Donde está María está la caridad...»
(San Antonio María Claret).





«Donde está tu tesoro allí estará tu corazón»

En este texto las palabras TESORO y CORAZÓN marcan la clave de lo que Jesús nos quiere decir. El que estima algo como un tesoro, no necesita que lo fuercen a buscarlo. El hombre gravita con fuerza irresistible hacia la posesión de aquellos valores que, conforme a su juicio o instinto, satisfacen sus exigencias y necesidades. Cristo invita a sus oyentes a una transformación, que va de cambiar y estimar los bienes de la tierra por los del cielo, basándose en la caducidad de los primeros y la perpetuidad de los segundos.

Los discípulos y oyentes de Jesús pertenecerían, en su mayor parte, a la modesta categoría de gente del pueblo. Sus intereses se podrían concentrar en almacenar provisiones, telas, monedas o cosas de poco valor. A lo largo de su predicación, Jesús les habla de los bienes y del dinero calificándolo de «dinero de iniquidad», invita al joven rico a venderlo todo para seguirle, ensalza

en sus bienaventuranzas a los pobres, estimula a sus discípulos a no llevar bastón ni alforja ni dos túnicas, Jesús amonesta al rico necio que ha puesto su confianza en sus graneros sin contemplar la perspectiva de la muerte. Esta vez apoya su exhortación en la caducidad y desapego de los bienes materiales, que la polilla y herrumbre destruyen, y ladrones los roban.

Él mismo con su nacimiento en una cueva y el morir desnudo, nos muestra cómo debe ser nuestro aprecio a los bienes terrenos, aun los necesarios. Las riquezas verdaderas no son las de este mundo, sino los tesoros celestiales, que están a cubierto de todo peligro. Los tesoros del cielo son los únicos duraderos y dignos de poner en ellos nuestro corazón. La advertencia

de Cristo invita a polarizar en tesoros perennes todas las energías del hombre. El justo que vive de fe, sabe que, aunque pase todo, queda el Infinito. La indefectibilidad de su esperanza en el más allá cimenta su carácter en la serena libertad de espíritu de quien es señor y no esclavo de los bienes temporales.

La riqueza, aun siendo en sí un bien, no se debe considerar un bien absoluto. Sobre todo, no garantiza la salvación; más aún, podría incluso ponerla seriamente en peligro. Jesús pone en guardia a sus discípulos contra este riesgo. Es sabiduría y virtud no apegar el corazón a los bienes de este mundo, porque todo pasa, todo puede terminar bruscamente. Para los cristianos, el verdadero tesoro que debemos buscar sin cesar se halla en las «cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios». Nos lo recuerda san Pablo en la carta a los Colosenses, añadiendo que nuestra vida «está oculta con Cristo en Dios» (*Col 3, 1-3*). Debemos dirigir la mirada «a las alturas», al cielo, donde también nosotros, al final de nuestra existencia terrena, podremos ser partícipes de la gloria de Cristo, que será completa, total y definitiva.

La palabra **corazón** en este texto, encierra toda la vida interior del hombre: todo su pensar, apreciar, querer y sentir. Quien ha puesto

su corazón en el cielo, respira el aire libre de la Verdad eterna. A quien lo tenga en la tierra, no le quedará más valor permanente que el desengaño. Esta sentencia invita a examinarse en cuanto a qué es lo que motiva nuestras acciones. El vivir cristiano exige apoyarse solo en Dios. Dice San Agustín: «El amor guía nuestros corazones, orienta nuestras mentes, mueve nuestras manos. El amor configura desde dentro nuestras vidas, hasta el punto de que somos lo que amamos. ¿Amas la tierra? Serás tierra. ¿Amas a Dios? ¿Qué diré, que eres dios? No me atrevo a decirlo por mí mismo. Escuchemos la Escritura: “Yo había dicho: Vosotros sois dioses, todos vosotros hijos del Altísimo” (*Sal 82,6*)» (Tratados sobre la primera carta de san Juan, II,14).

La clave está en examinar los intereses propios a los que el corazón se apega tan fácilmente. Si el centro de mi vida son mis talentos, mi trabajo, mis ocupaciones, mi dinero, mi vida o mis pasiones, debo cambiar y orientar mi vida desde la perspectiva de Dios. Tomar a Cristo como modelo que me enseña el camino y de esta manera dejar de lado el egoísmo y marchar con la mirada fija en el cielo, donde está Dios. El amor constituye la clave en la vida humana. Es el motor que me conduce hacia aquello que amo: ¿amo la tierra? Voy hacia ella ¿Amo el cie-

lo? Vuelo hacia él. El amor me guía y me lleva hacia el bien o hacia el mal, hacia la solidaridad o hacia el egoísmo, hacia la pureza o hacia la concupiscencia, hacia el autocontrol o hacia el desenfreno, hacia la paz o hacia el odio. Según lo que amo, escojo, y según lo que escojo, eso soy. Soy llevado hacia lo que amo. Por eso es tan necesario pedir como el salmista: «Crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme» (*Sal 51,12*).

Este tesoro escondido que debemos anhelar y dejarlo todo por adquirirlo, es el bien superior al que puede aspirar el hombre sanamente ambicioso. Mientras peregrinamos en esta vida, este tesoro lo encontramos en la Eucaristía, siempre cercana y disponible para nosotros. A quien podemos presentarle nuestras peticiones, nuestros problemas, nuestras alegrías y tristezas, nuestras angustias y decepciones, nuestras necesidades y esperanzas. La oración y la Eucaristía, nos abren los ojos para ver la grandeza del tesoro escondido que nos espera en el cielo. María supo descubrir ese tesoro y guardarlo en su corazón, estar con Él (con Jesús) y conducir a Dios, ser lugar de encuentro con Él. Es lo que debemos hacer, buscar ese tesoro que se nos ofrece y conseguirlo para, unidos a Él, llevar el amor de Dios a los hombres.

La gloria de la Trinidad

EN LA VIDA DE LA IGLESIA



Continuamos de la mano del Sumo Pontífice, San Juan Pablo II, considerando el misterio de Dios, la unión con la Santísima Trinidad que nuestra Madre anhela para cada uno de nosotros.

En su catequesis del 14 de junio de 2000, nos enseñaba el Papa mariano:

«La Iglesia en su peregrinación hacia la plena comunión de amor con Dios se presenta como un “pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. Esta estupenda definición de san Cipriano (*De*

Orat. Dom., 23; recogida en *Lumen gentium* 4) nos introduce en el misterio de la Iglesia, convertida en comunidad de salvación por la presencia de Dios Trinidad. Como el antiguo pueblo de Dios, en su nuevo Éxodo está guiada por la columna de nube durante el día y por la columna de fuego durante la noche, símbolos de la constante presencia

divina. En este horizonte queremos contemplar la gloria de la Trinidad, que hace a la Iglesia una, santa, católica y apostólica.

La Iglesia es, ante todo, *una*. En efecto, los bautizados están misteriosamente unidos a Cristo y forman su Cuerpo místico por la fuerza del Espíritu Santo. Como afirma el concilio Vaticano II, “el modelo y principio supremo de este misterio es la unidad de un solo Dios, Padre e Hijo en el Espíritu Santo, en la Trinidad de personas” (*Unitatis redintegra-*



tio, 2). Aunque en la historia esta unidad haya experimentado la prueba dolorosa de tantas divisiones, su inagotable fuente trinitaria impulsa a la Iglesia a vivir cada vez más profundamente la *koinonía* o comunión que resplandecía en la primera comunidad de Jerusalén (cf. *Hch* 2, 42; 4, 32).

“La *koinonía* es obra de Dios y tiene un carácter marcadamente trinitario. En el bautismo se encuentra el punto de partida de la iniciación de la *koinonía* trinita-

ria por medio de la fe, a través de Cristo, en el Espíritu... Y los medios que el Espíritu ha dado para sostener la *koinonía* son la Palabra, el ministerio, los sacramentos y los carismas”. A este respecto, el Concilio recuerda a todos los fieles que “cuanto más estrecha sea su comunión con el Padre, el Verbo y el Espíritu, más íntima y fácilmente podrán aumentar la fraternidad mutua” (*Unitatis redintegratio*, 7).

La Iglesia es también *santa*. En el lenguaje bíblico, el concepto de “santo”, antes de ser expresión de la santidad moral y existencial del fiel, remite a la consagración realizada por Dios a través de la elección y la gracia ofrecida a su pueblo. Así pues, es la presencia divina la que “consagra en la verdad” a la comunidad de los creyentes (cf. *Jn* 17, 17. 19).

[...] La Iglesia es *católica*, enviada para anunciar a Cristo al mundo entero con la esperanza de que todos los príncipes de los pueblos se reúnan con el pueblo del Dios de Abraham (cf. *Sal* 47, 10; *Mt* 28, 19). Como afirma el concilio Vaticano II, “la Iglesia peregrinante es, por su propia naturaleza, misionera, puesto que tiene su origen en la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo según el plan de Dios Padre.

Este designio dimana del ‘amor fontal’ o caridad de Dios Padre, que, siendo principio sin principio, del que es engendrado el Hijo y del que procede el Espíritu Santo por el Hijo, creándonos libremente por su benignidad excesiva y misericordiosa y llamándonos, además, por pura gracia a participar con él en la vida y la gloria, difundió con liberalidad y no deja de difundir la bondad divina, de modo que el

que es Creador de todas las cosas se hace por fin ‘todo en todas las cosas’ (*I Co* 15, 28), procurando al mismo tiempo su gloria y nuestra felicidad” (*Ad gentes*, 2).

La Iglesia, por último, es *apostólica*. Según el mandato de Cristo, los Apóstoles deben ir a enseñar a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo lo que él ha mandado (cf. *Mt* 28, 19-20).

Esta misión se extiende a toda la Iglesia, que, a través de la Palabra, hecha viva, luminosa y eficaz por el Espíritu Santo y por los sacramentos, “se cumple el designio de Dios, al que Cristo amorosa y obedientemente sirvió, para gloria del Padre, que lo envió a fin de que todo el género humano forme un único pueblo de Dios, se una en un único cuerpo de Cristo y se edifique en un único templo del Espíritu Santo” (*Ad gentes*, 7).

La Iglesia una, santa, católica y apostólica es *pueblo de Dios, cuerpo de Cristo y templo del Espíritu Santo*.

Estas tres imágenes bíblicas señalan de modo luminoso la dimensión trinitaria de la Iglesia.

En esta dimensión se encuentran todos los discípulos de Cristo, llamados a vivirla de modo cada vez más profundo y con una comunión cada vez más viva. [...] Así pues, en la Iglesia encontramos una grandiosa epifanía de la gloria trinitaria. Por tanto, recordamos la invitación que nos dirige san Ambrosio: “Levántate, tú que antes estabas acostado, para dormir... Levántate y ven de prisa a la Iglesia: aquí está el Padre, aquí está el Hijo, aquí está el Espíritu Santo” (*In Lucam*, VII)».

“La Virgen es el camino de la salvación, de la santidad. El que confía en Ella es seguro que no caerá”. (M. M^a Teresa De Simone)



El pasado 1 de junio, primer Sábado de mes, dedicado especialmente al Corazón Inmaculado de nuestra Reina y Madre, tuvo lugar la coronación canónica de Nuestra Señora del Encuentro con Dios. El acto se realizó en la Parroquia “Nossa Senhora do Encontro com Deus”. Fue presidido por el Sr. Cardenal Paulo Cezar Costa. Asistieron alrededor de 10 sacerdotes y más de 2000 fieles. Toda la ceremonia transcurrió en un ambiente de intensa piedad y devoción mariana. Le pedimos a la ¡Reina y Madre!, Nuestra Señora del Encuentro con Dios, que sea la Reina de nuestros corazones.

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

Conecta con nosotros

info@reinadodemaria.org

www.reinadodemaria.org

